

My dear sisters and brothers, today we gather for a special celebration of God's gift to our Church. Edward, we are here to celebrate the moment in which the Holy Spirit will mark your soul through the laying of hands for the service of God's People. We rejoice in a spirit of gratitude along with your community of the Congregation of the Immaculate Heart of Mary and with all your Christian friends who have supported your vocation.

Every vocation is a mystery. We may try to understand it and to trace its origins: does it come from the way we were raised by our parents? Does it come from the example of those good priests that encouraged us? Is it the product of the complexity of our personality? We can make the effort of trying to find the roots of that desire that you experienced to offer your life to God in the Church. But the truth is that we recognize that the origin of vocation is always divine.

The first reading, from the prophet Jeremiah, speaks about this mystery. "Before I formed you in the womb, I knew you, before you were born, I set you apart." The knowledge God has of each one of us in our mother's womb is not a mere view of our future. When the bible speaks about "knowing someone" it always refers to some intimate interaction. God reached your heart while you were being formed, and in a way that surpasses our understanding, he spoke to you there and planted the seed of your vocation. That's why the Church rejoices; somehow, we are harvesting some of the first fruits today. And these fruits, without doubt, glorify God.

Our vocation not only has its origin in God, but it also has its end in the Lord. As every other mystery, it has to be explored with new eyes each time the Spirit brings it to our heart. The second

reading, from the Acts of the Apostles, reminds us that the ministry of the diaconate will always be linked to the service of those who are hungry, both in body and spirit. Charity towards those who are in need has to be a mark of the diaconate. Christ who washes the feet of those who are tired and feeds the hungry is our model.

That attitude of service has to be a constant sign of the Holy Spirit working in the deacon's heart. Your life will be bound through ordination to the mystery of the Altar, to the celebration of the Eucharist. But as the gospel well reminds us, we serve the Table of the Lord with a special call to humility, to make ourselves little to be exalted only by God. Becoming part of the clergy should never be a path to strive for success and privileges, but quite the contrary: it should be a path that takes us to the Cross, to offer our life surrendering everything we are and everything we have. This connection between Eucharist and service in the life of deacons was acknowledged by Pope Francis when he said: "When you serve at the table of the Eucharist, there you will find the presence of Jesus, who gives himself to you so that you can give yourselves to others."

In a special way we pray that through the sacrament of Holy Orders, God may also strengthen in you the charism that is proper to your Congregation. May you be a true missionary to those who still need to encounter God. May you represent the preaching ministry of the Church wherever God calls you to spread the Gospel of Salvation with the same apostolic zeal that characterized your founder, Father Verbist. May our Lady of Guadalupe, who showed to us how the heart of a servant and missionary look like, sustain you with her love and company throughout your ministry.

Homilía para la ordenación del Hno. Edward Tembo, CICM
Parroquia de San Patricio – 15 de febrero de 2020

Mis queridas hermanas y hermanos, hoy nos reunimos para una celebración que es un regalo especial de Dios a nuestra Iglesia. Edward, estamos aquí para celebrar el momento en que el Espíritu Santo marcará tu alma a través de la imposición de manos para el servicio del pueblo de Dios. Nos regocijamos en un espíritu de gratitud junto con tu comunidad de la Congregación del Inmaculado Corazón de María y con todos tus amigos y seres queridos que han apoyado tu vocación.

Toda vocación es un misterio. Podemos tratar de entenderlo y trazar sus orígenes: ¿proviene de la forma en que fuimos criados por nuestros padres? ¿Viene del ejemplo de esos buenos sacerdotes que nos animaron? ¿Es producto de la complejidad de nuestra personalidad? Podemos hacer el esfuerzo de tratar de encontrar las raíces de ese deseo que experimentaste para ofrecer tu vida a Dios en la Iglesia. Pero la verdad es que reconocemos que el origen de la vocación es siempre divino.

La primera lectura, del profeta Jeremías, habla sobre este misterio. "Antes de formarte en el vientre de tu madre, te conocía, antes de que nacieras, te escogí". El conocimiento que Dios tiene de cada uno de nosotros en el seno de nuestra madre no es una simple visión de nuestro futuro. Cuando la Biblia habla de "conocer a alguien", siempre se refiere a alguna conexión íntima. Dios llegó a tu corazón mientras estabas siendo formado, y de una manera que supera nuestro entendimiento, él te habló allí y plantó la semilla de tu vocación. Por eso la Iglesia se regocija; de alguna manera, hoy

estamos cosechando algunas de los primeros frutos. Y estos frutos, sin duda, glorifican a Dios.

Nuestra vocación no solo tiene su origen en Dios, sino que también tiene su fin en el Señor. Como cualquier otro misterio, tiene que ser explorado con nuevos ojos cada vez que el Espíritu lo trae a nuestro corazón. La segunda lectura, de los Hechos de los Apóstoles, nos recuerda que el ministerio del diaconado siempre estará vinculado al servicio de quienes tienen hambre, tanto en cuerpo como en espíritu. La caridad hacia los necesitados tiene que ser una marca del diaconado. Cristo que lava los pies de los que están cansados y alimenta a los hambrientos es nuestro modelo.

Esa actitud de servicio tiene que ser un signo constante del Espíritu Santo trabajando en el corazón del diácono. Tu vida estará ligada a través de la ordenación al misterio del Altar, a la celebración de la Eucaristía. Pero como nos recuerda bien el evangelio, servimos a la Mesa del Señor con un llamado especial a la humildad, para hacernos pequeños para ser exaltados sólo por Dios. Formar parte del clero nunca debe ser un camino para luchar por el éxito y los privilegios, sino todo lo contrario: debe ser un camino que nos lleve a la Cruz, para ofrecer nuestra vida entregando todo lo que somos y todo lo que tenemos. Esta conexión entre la Eucaristía y el servicio en la vida de los , fue reconocida por el Papa Francisco cuando enseñó: "Cuando sirvas en la mesa de la Eucaristía, allí encontrarás la presencia de Jesús, quien se entrega a ti para que puedas darte a ti mismo a los demás ".

De manera especial, oramos para que a través del sacramento de las órdenes sagradas, Dios también pueda fortalecer en ti el carisma que es propio de tu Congregación. Que seas un verdadero misionero para aquellos que aún necesitan encontrarse con Dios. Que puedas representar el ministerio de predicación de la Iglesia donde Dios te llame a difundir el Evangelio de salvación con el mismo celo apostólico que caracterizó a tu fundador, el Padre Verbist. Que nuestra Señora de Guadalupe, quien nos mostró cómo es el corazón de un siervo y misionero, te sostenga con su amor y compañía durante todo tu ministerio.